

Comentarios

“Se puede vivir de otra manera” Análisis utópico-profético del proceso salvadoreño *

Queremos analizar en este escrito, en forma de breves proposiciones, dónde estamos, hacia dónde vamos —o hacia dónde nos llevan— y qué podemos hacer para cambiar el peligroso rumbo actual del proceso salvadoreño. Lo vamos a hacer desde una perspectiva utópico-profética, en la que por utopía entendemos un horizonte de esperanza y de acción: el que la vida justa y digna de los pobres llegue a ser una realidad, y en la que por profecía entendemos un método: una visión de la realidad desde las mayorías populares, lo cual exige la denuncia de la muerte a que se les somete y ofrece — en su negación— la dirección por la que hay que caminar y trabajar¹. Y añadamos que también el aniversario de los mártires fuerza a elegir esta perspectiva, pues todos los mártires salvadoreños y los mártires de la UCA fueron matados por denunciar proféticamente la muerte, pero dieron generosamente su vida por anunciar utópicamente la vida.

La perspectiva utópico-profética no hace superflua, por supuesto, la perspectiva política, pero tampoco es idéntica a ella. Y queremos recalcar esto por dos importantes razones. La primera es que utopía y profecía no suelen estar presentes, sino más bien sofocadas en y por lo político, y sin embargo responden a realidades humanas y sociales absolutamente necesarias para construir una

sociedad, e incluso para orientar correctamente lo político y sanarlo de la pecaminosidad que siempre lo amenaza. Y la segunda es que tanto la profecía como la utopía se nos exige a todos como humanos y cristianos, a las universidades, a las iglesias, a los sindicatos, a los gremios, a los colegios profesionales, a los ciudadanos de otros países...

Este sencillo recordatorio es importante en estos momentos del país para no caer en la trampa de pensar que “la política es la medida de todas las cosas” —lo que los griegos afirmaban sólo de la totalidad del ser humano—, o de pensar que sólo en lo político se van a expresar adecuadamente los problemas fundamentales del país y sus soluciones. E insistimos en ello porque, si así fuese, tendríamos que escuchar —como escuchamos de hecho, increíblemente— que las cosas van bien en nuestro país, ya que nunca ha habido mayor libertad política, todos los grupos y tendencias tienen ahora representación política, van a tener lugar unas elecciones históricas... Se está dando, pues, una verdadera inflación de la perspectiva política, y es necesario no llamarse a engaño y hacer una llamada a la sobriedad.

Y a esto hay que añadir, dialécticamente, que si los grandes problemas del país se resolviesen en verdad entre los políticos, entonces a éstos —y en

* Este artículo es una reelaboración de una conferencia pronunciada el 12 de noviembre de 1993, en el cuarto aniversario de los mártires de la UCA.

definitiva sólo a éstos— habría que pedir cuentas, para bien o para mal, de cómo marchan las cosas, y así se podría, por una parte, encubrir elegantemente la directa responsabilidad de la oligarquía y de la Fuerza Armada en la actual situación, y, por otra, se podría desresponsabilizar de ella a los sindicatos, a los colegios profesionales, a las universidades, a las iglesias, lo cual ya se está criticando, con bastante razón, cuando se afirma que la sociedad civil ha abandonado su responsabilidad hacia el país.

Veamos, pues, cómo está el país desde la profecía y la utopía.

Primera proposición. Estamos en una situación mala —y, en el momento actual, crítica—, pues campea la muerte violenta y la pobreza. Todo ello se encubre, sin embargo, para evadir responsabilidades y no afrontar que el camino que nos marcan no es el correcto y las soluciones que se nos ofrecen e imponen no son efectivas. Además, hay una especie de autocomplacencia oficial, cuando en realidad —parafraseando el informe de la Comisión de la verdad— hay más locura y menos esperanza.

En declaraciones oficiales se nos dice que vamos bien, que somos “un ejemplo vivo” de toda suerte de bondades (discurso del presidente Cristiani en Naciones Unidas). Tampoco ONU-SAL pierde la oportunidad de repetir con cualquier excusa que “éste es un momento histórico” (palabras de su jefe, Ramírez Ocampo, en la firma del convenio por la paz de los candidatos presidenciales). Y el FMLN, o por prudencia para no empeorar las cosas o por el noble deseo de no desanimar a los que van superando el retrogradismo o por no correr riesgos y sufrir él mismo mayores males, no ha ejercido la denuncia, a no ser en momentos de grave crisis para él mismo como el actual.

La verdad, sin embargo, es que, después de dos años, todavía estamos en una situación de indefinición, por decirlo suavemente. Y por decirlo con mayor claridad, estamos ahora —con la ola de asesinatos de los escuadrones de la muerte— en la mayor crisis desde que se firmaron los acuerdos, cosa que bien saben e incluso dicen —aunque sólo en privado— los gobernantes, los políticos, la

comunidad internacional y Naciones Unidas. Tan esto es así, que en el presente inmediato ni siquiera se formula ya la utopía en forma positiva, como esperanza del cumplimiento de los acuerdos de paz, y mucho menos como la creación de un nuevo El Salvador, justo y fraterno, sino que pareciera que estamos volviendo a tiempos que creíamos superados y la utopía vuelve a formularse en forma negativa: que finalice la guerra, de verdad. Este retroceso en la misma formulación de la utopía indica dónde y cómo estamos.

El desánimo ha sido provocado —coyutalmente— por los últimos asesinatos de prominentes miembros del FMLN —lo cual de por sí no justificaría el volver a hablar de “guerra”, por supuesto—, pero si recordamos que son ya 23 los miembros del FMLN asesinados y que en nuestro país todavía se sigue asesinando un promedio de tres personas por día, y que muchas de ellas son asesinadas por los mismos asesinos de antes (escuadrones de la muerte, cuerpos de seguridad...), con la misma impunidad de antes, con los mismos métodos de antes y sobre todo por las mismas razones y con la misma finalidad de antes, entonces es comprensible que se vuelva a formular la utopía —como antes— con un “basta ya” y que se vuelvan a exigir comisiones investigadoras —clara señal de que la Comisión *ad hoc* y la Comisión de la verdad no han sido tomadas con la seriedad debida.

En otras palabras, si es cierto que en el proceso algo se ha ablandado una parte de la derecha, también es cierto que siguen existiendo los ultraderechistas, en activo y beligerantes, y que los escuadrones de la muerte no han sido desmantelados. La esperanza del gobierno y de Naciones Unidas de que todo ello ocurriera paulatinamente, como por sí mismo y por la inercia del proceso, sin tener ellos que arriesgar mucho y pagar costos un poco altos, ha resultado fallida.

Esta violencia —la muerte rápida— sigue siendo lo más flagrante de la realidad, y así lo muestran las encuestas de opinión, pero eso no debe hacer olvidar lo más hondo, el problema de siempre, el que originó la represión y la guerra en el pasado, y el que se sigue expresando en el presente, en forma de delincuencia común, represión y

asesinatos —y hasta de suicidios por desesperación. En otras palabras la conducción económica neoliberal sigue generando muy grave pobreza — la muerte lenta—, pero ello queda encubierto en el discurso oficial, que no en la vida real, con silencios, falsas promesas y falacias.

Poco importa que las estadísticas de Naciones Unidas muestren que con el neoliberalismo económico ha aumentado cuantitativamente la pobreza en el mundo, que con él ha aumentado la injusticia y que se ha ensanchado escandalosamente la brecha entre ricos y pobres. Dicho en lenguaje gráfico y según las estadísticas, esto significa que, hoy, en 1993, un rico de este mundo vale por sesenta pobres, es decir, un norteamericano rico vale por sesenta haitianos pobres, y un norteamericano de los más ricos vale por 180 haitianos de los más pobres. Poco importa también que, en El Salvador, en 1992, junto al incremento del 4.5 por ciento del producto nacional bruto la inflación haya crecido en un 20 por ciento, con lo cual lo que realmente ha ocurrido es el “crecimiento de la desigualdad”, como dice J. Ibisate. Todo esto es verdad, pero como ahora no hay un bloque geopolítico que llame la atención sobre estos hechos y cuestione los principios en que están basados, como ya no hay una corriente profética notoria, eclesial o social, pues a los Romeros y Ellacurías los han matado, entonces nos pueden decir —con toda paz— que vamos bien, cuando vamos mal.

Esto significa que —aunque ha habido avances reales— en lo fundamental sigue campeando la mentira y el encubrimiento de la realidad, sin que el informe de la Comisión de la verdad haya hecho mella y sin que se hayan aprendido las lecciones del pasado. El encubrimiento puede parecer ahora menos burdo, pero el discurso oficial sigue siendo tan prepotente e interesado como siempre. Y a ello se añade una especie de voluntad de autoengaño de la comunidad internacional y de ONUSAL, y, así, gobernantes y ciudadanos están prestos a cerrar los ojos para no tener que preguntarse por su responsabilidad en lo que ocurre y para no tener que constatar que las soluciones políticas y el tipo de sociedad al que nos empujan no tienen la capacidad real para resolver los problemas fundamentales de pueblos como el salvadore-

ño.

Estos males actuales provienen, en parte, de la tradición del pasado, pero también de males del presente, especialmente de no haber querido, sabido o podido aprovechar las grandes oportunidades, dicho sin ninguna retórica, que llegó a conseguir el pueblo salvadoreño con gran sacrificio. Ha existido la oportunidad de la verdad y de la reconciliación, la oportunidad de dar protagonismo a las mayorías, y de movilizar y aprovechar las mejores capacidades del pueblo salvadoreño, pero se han desaprovechado y, en buena parte, muy conscientemente. Así, acontecimientos con capacidad de convertirse en hechos fundantes de verdad y de reconciliación —el informe de la verdad, sobre todo— se han prostituido. Y lo peor es que estos graves errores —graves pecados, dicho en lenguaje cristiano— no se cometen impunemente.

Algunos poderosos y políticos parecen alegrarse, a las inmediatas, porque de esta forma salen con bien de trances difíciles, al parecer sin mayores rasguños —véase lo ocurrido con los militares mencionados en el informe de la Comisión de la verdad—, pero la historia siempre pasa la factura, y eso es lo que está ocurriendo ahora: ni el encubrimiento ni el autoengaño han hecho posible ocultar por más tiempo la grave crisis no sólo de los acuerdos, sino del país.

En el país sigue, pues, resonando la pregunta de Dios a Caín: “qué has hecho de tu hermano”.

Segunda proposición. Los mayores esfuerzos de ambas partes se han dedicado a la negociación y al propio provecho, aun legítimo, que de ella pudiera sacar cada una de ellas, pero no se han dedicado con la misma decisión a la reconciliación y al provecho que de ella se deriva para todo el país. Por ello, el proceso no está ahora dirigido por el ideal de la reconciliación, y eso es grave porque, aunque sin negociación la reconciliación no tiene carne, sin reconciliación la negociación no tiene espíritu.

Es cierto que pretender una reconciliación sin negociación es poco realista e ingenuo, pero también es cierto que una negociación sin reconciliación no es humana y es poco duradera. La negociación es un mecanismo sustancialmente

político y busca una solución que directamente sea en beneficio de cada una de las partes, aunque éstas o una de ellas —en nuestro caso más el FMLN que el gobierno— también hayan buscado en la negociación una solución para el país. La reconciliación, sin embargo, es una actitud y una práctica humana globalizante y busca una solución directamente para la totalidad del país, aunque indirectamente pueda beneficiar también a las partes.

Esta reconciliación es difícil porque supone la aceptación de errores propios y la decisión para superarlos, supone la disposición a otorgar y aceptar perdón, a poner gestos humanos que la visibilicen y a buscar mecanismos políticos que la hagan, de alguna forma, eficaz. Pero aunque difícil, es necesaria porque el problema del país no es sólo político y de uno u otro grupo, sino que es humano, globalizante y total. Por ello, sea lo que sea de la negociación, hay que buscar y trabajar también por la reconciliación, aun con sus ingentes dificultades. Y eso no se ha hecho en modo mínimamente aceptable y ni siquiera se ha considerado su posibilidad con seriedad. No se ve, ni en grado mínimo, voluntad de reconciliación, aunque existan diálogos y negociaciones políticas.

Si nos preguntamos por qué están así las cosas, hay que analizar el pasado y preguntarse qué realidades y signos fundantes se pusieron entonces para expresar el nuevo país que se quería y para generar tradiciones materiales —cavar surcos físicos en los que transitar con mayor facilidad y forzosidad en la dirección correcta. En otras palabras, hay que ver si los acuerdos de paz fueron interpretados no sólo desde aquello a lo que se le quería poner fin, la guerra, en lo cual ambas partes estaban fundamentalmente de acuerdo, sino desde la novedad radical que se buscaba para el país, en lo cual el gobierno estaba mucho menos interesado que el FMLN. En este sentido, hay que recordar que en el inicio hubo una serie de hechos que pudieron haber fungido como principios “pricipiantes” y orígenes “originantes” de novedad; en este caso, de reconciliación. Pero la verdad es que hubo muy poco de ello.

El inicio de la paz estuvo marcado fundamentalmente por la negociación, aunque hubo gestos emotivos de reconciliación. Chapultepec y los pri-

meros discursos del FMLN, sobre todo de Joaquín Villalobos pidiendo perdón, fueron símbolos importantes, pero no hubo contrapartida en el gobierno, ni menos en la Fuerza Armada. Y en general, ya en las celebraciones del 16 de enero y del 1 de febrero hubo separación manifiesta de ambas partes. Y cuando los lisiados, de uno y otro bando, desfilaron juntos en un gran gesto simbólico, la marcha fue dispersada violentamente —con saldo de muertos y heridos—, lo cual, además de mostrar cuán poco respeta el gobierno los derechos humanos y su grave carencia de tacto humano y político, supuso un gravísimo problema, aunque fuese a nivel simbólico, para animar a la reconciliación.

Lo que hubo, pues, de reconciliación en el inicio del proceso de paz, aunque fuese poca, no pasó a ser “principio” que genera reconciliación. En las dirigencias políticas y en la conciencia colectiva, sobre todo, quedó como cosa aceptada que había que negociar en provecho propio, ciertamente, para sacar cada uno lo que más pudiese, pero se desvaneció la convicción de que la reconciliación fuese una necesidad y una posibilidad. Algo tan necesario después de una guerra, la reconciliación, se quedó sin voz en el proceso.

Es cierto que en varias comunidades ha habido espléndidos ejemplos de reconciliación —la necesaria utopía de la que hablábamos antes—, pero en conjunto todo lo que ha supuesto esfuerzo de coordinación y concertación de las partes ha estado y sigue estando transido de graves dificultades. No se ve en la sociedad salvadoreña un anhelo de convergir todos, de llegar a una visión siquiera mínimamente común de las cosas. Esto se ve menos en la parte oficial que en la del FMLN, y la razón fundamental creemos que es la siguiente.

Aunque pueda suponerse que ambas partes tenían deseos de finalizar la guerra, el FMLN deseaba, además, una sociedad muy distinta a la anterior, aunque aceptase también cosas de la sociedad tradicional y la que impone la geopolítica actual. La otra parte, sin embargo, sólo quería cambiar un mínimo lo anterior para volver a lo de siempre, a una sociedad que facilita el bien vivir de minorías. O dicho de otra forma, y aunque parezca macabro, ha sido más fácil la reconciliación o las semillas



de ella, entre los que se han matado en la guerra —salvadoreños pobres, prácticamente todos ellos, como decía Monseñor Romero—, porque todos han sufrido grandemente y porque, en definitiva, todos lucharon porque querían vivir, que entre las minorías de ricos y poderosos y las mayorías pobres. No parece que se quiere compartir la vida, no parece que aquéllos acepten la necesidad de cambio y la conversión necesaria para poder vivir y convivir con los pobres, lo cual a la larga es la reconciliación más verdadera y más necesaria.

Si desde el principio, pues, las cosas han sido difíciles, empeoraron todavía más con la amnistía. Esta, en efecto, no tuvo nada de reconciliación entre seres humanos ni de construcción de un nuevo El Salvador. El presidente Cristiani, la asamblea legislativa, la Corte Suprema de Justicia y la Fuerza Armada pretendieron con ella salir con bien de un penoso trance. Afirmaron, además, querer olvidar el pasado, pero lo que ciertamente no hicieron fue romper con el pasado.

Esto es así, porque, por un lado, con la amnistía se quiso ocultar la verdad, y sin ella no hay reconocimiento de pecado ni posibilidad de ofrecer y aceptar perdón. Se obstaculiza, así, de raíz la reconciliación. Y, por otro lado, la amnistía fue un típico acto de ese pasado que dicen querer superar. Es bien sabido que la amnistía se concedió para aplacar a los militares, “los perdonados de siempre”, como escribió Mario Benedetti, y para evitar que hicieran desmanes mayores que los tolerables. Además, en sí misma, no expresa para nada un deseo eficaz de revertir la historia, ni tiene la fuerza de expresar una sociedad distinta, en la que exista —novedosamente— la honradez y la humildad de pedir perdón, y la generosidad de otorgarlo, sino que tiene los vicios de la sociedad antigua: el egoísmo de que la realidad sea siempre en provecho de unos pocos poderosos. La amnistía, pues, en nada ha revertido el pasado, sino que lo ha reforzado, y tampoco ha propiciado en nada la reconciliación.

Al terminar esta reflexión, reafirmamos la necesidad de ambas cosas, negociación y reconciliación, y por una razón precisa: sin negociación, la reconciliación no tendrá carne, pero aquélla sin ésta no tiene espíritu, y por ello queremos recalcar la necesidad de una realidad tan utópica como es la reconciliación. Sin ella mal futuro nos espera. Nos privaremos de una realidad tan humana como lo es el perdonar y aceptar el perdón, pero, además, sin ella la negociación se convertirá en un pulso que ganará quien tenga más fuerza, no quien tenga más razón, y sobre todo tenderá a reducirse a las partes negociadoras y a ignorar a las mayorías populares. Y ello es sumamente grave porque, en definitiva, la negociación, como los acuerdos de paz, como la misma guerra —trágicamente—, sólo tiene sentido si ayuda a que esas mayorías tengan vida.

Y, por último, si la reconciliación no tiene éxito en las cúpulas, aunque fuese mínimamente, se estará introyectando en la conciencia colectiva un poderoso mensaje: no merece la pena trabajar por ello, sino que, una vez más, se sanciona el "sálvese quien pueda", el egoísmo propio o, en términos mejores, aunque peligrosos por reductivos, el egocentrismo del partido político.

Monseñor Romero fue un partidario acérrimo del diálogo, y propició todos los caminos políticos para que los salvadoreños llegasen a un acuerdo que garantizase la vida de las mayorías. Pero echaba mano también de la utopía, y una semana antes de ser asesinado dijo las siguientes palabras: "Hay perspectivas, aun humanas, de soluciones racionales. Y, sobre todo, por encima de todo, está la palabra de Dios que nos ha gritado hoy: ¡Reconciliación!" (16 de marzo de 1980).

Tercera proposición. Es cierto que en el país la verdad se ha ido abriendo paso en contra de muchos obstáculos. Además, el informe de la Comisión de la verdad pudo haber supuesto un gran paso adelante en la humanización del país. Pero al no cumplirse sus recomendaciones, ha aumentado el desánimo, la desconfianza, la frustración y el sentimiento de burla en la conciencia colectiva.

Desde el punto de vista simbólico-social, la publicación del informe ha sido de suma impor-

tancia porque, aunque con limitaciones, y algunas de ellas serias, mostró el interés internacional en algo muy beneficioso para el país, y mostró sobre todo que novedades casi impensables son posibles: dejar de encubrir la mentira y decir la verdad, y una verdad que versa no sobre cualquier cosa, sino sobre la vida y la muerte de los salvadoreños. Por esta razón, desde un punto de vista existencial, hemos considerado este informe como un documento fundante para un nuevo país, más importante incluso que el texto de los acuerdos y el de la misma Constitución. Y lo es porque el informe nos confronta con nosotros mismos al más hondo nivel humano. Leer y aceptar el informe y poner en práctica sus recomendaciones es cosa de honradez con la realidad. Sin embargo, poco o casi nada de eso ha ocurrido.

El FMLN aceptó en principio reconocer (parte de) su verdad reflejada en el informe, pero no lo hizo así la Fuerza Armada, y no sólo no lo aceptó, sino que lo atacó como antipatriótico, aunque, según recordamos, tampoco llegó a desmentirlo. Y lo mismo hicieron altas instituciones del Estado, la Corte Suprema de justicia, y el partido político en el poder. El gobierno, por su parte, se desentendió de poner en práctica la mayor parte de sus recomendaciones. Y los escuadrones de la muerte con sus civiles, felices de no ser nombrados, y con sus militares, en nada favorecieron por supuesto el impacto positivo del informe. El FMLN, por su parte, aunque cooperó con la comisión y trabajó para que se difundiera la verdad y se cumplieran las recomendaciones, después dio más importancia a resolver otros problemas que le afectaban, ciertamente graves, pero no tan decisivos para el país como el planteado por la Comisión de la verdad. La conclusión es que el informe de la Comisión de la verdad, documento de Naciones Unidas, recordémoslo, operativamente se ha convertido en papel mojado, aunque mantenga su gran valor simbólico. En el discurso oficial es como si ya no existiese y el FMLN no ha puesto a producir su potencial concientizador y humanizante. Todo ello y el incumplimiento de sus recomendaciones ha traído graves males.

Ante todo, se refuerza la convicción generalizada de que en el país no se hace justicia, sino que

reina la impunidad, que en el país no hay aceptación de la verdad, ni reconocimiento de errores y maldades propios, sino encubrimiento, mentira y —cuando salen a la luz pública— desfachatez para hacer pasar por honorabilidad y servicio lo que ha sido indignidad y atropellos. Se interioriza, además, la convicción de que nada tiene capacidad para cambiar las cosas en el país, pues el gobierno ni siquiera acata las disposiciones del máximo organismo mundial, Naciones Unidas. Por último, se ofenden los sentimientos más profundos de muchísimos salvadoreños, pues generales nombrados en el informe, y a quienes se responsabiliza de crímenes horrendos, campean por el país y buscan altos cargos políticos como si nada hubiese sucedido.

Puede decirse que el informe ha traído la verdad al país, y en ese sentido, las cosas han mejorado. Pero al no ser reconocida ni apreciada esta verdad, las cosas también han empeorado. Cierto es que ha sido imposible seguir encubriendo la mentira, pero se ha botado a la basura la verdad. No hay reparación a la dignidad de las víctimas, sino impunidad para los victimarios. Todo ello genera un sentimiento popular de saberse burlados y despreciados, y una reacción de distanciamiento y total decepción.

En conclusión, el documento de la Comisión de la verdad se escribió y publicó para mejorar las cosas, pero tal como está siendo utilizado, su efecto es muy ambiguo. Se ha dicho la verdad y se ha forzado a dar de baja —sin prisas y con recompensas económicas, por cierto— a altos militares, lo cual para los pragmáticos, los realistas y sesudos de siempre, ya sería un gran paso. Pero es también cierto que en el pueblo se ha introyectado decepción, desánimo y total desconfianza. El pueblo ha quedado, una vez más, burlado y ofendido. El pasado no está superado, sino que está ignorado. Muchas de sus llagas no están curadas. Están cubiertas, pero infectadas.

Y una última reflexión. Hay ahora una fuerte campaña para que se den a conocer los nombres de los líderes de los escuadrones de la muerte, y hasta el gobierno de Estados Unidos se muestra dispuesto a desclasificar información sobre ellos que obra en su poder. Si la Comisión de la verdad hubiese dado a conocer en su día esos nombres y

si hubiese sido eficazmente apoyada por el gobierno salvadoreño y el estadounidense, y por Naciones Unidas, se hubiese ahorrado tiempo y, muy probablemente, vidas humanas.

Suele citarse mucho estos días la frase de Jesús “la verdad les hará libres”. Sólo queremos añadir que la verdad nos liberará si es a la manera cristiana, no meramente a la manera liberal. Bien está que haya *libertad* de prensa y *libertad* de expresión, por supuesto. Pero mientras no haya amor a los pobres de este pueblo, no habrá verdad y la libertad será efímera y falaz.

Cuarta proposición. Para superar la muerte lenta de la pobreza nos proponen e imponen la civilización del capital y el ideal de la sociedad civil, es decir, la solución neoliberal, como algo bueno, y en todo caso inevitable. Ello, sin embargo, no ofrece soluciones ni cuantitativa ni cualitativamente a la vida y al espíritu de las mayorías, y a ello hay que oponer la civilización de la pobreza y la sociedad popular.

En uno de sus últimos discursos I. Ellacuría dijo estas palabras, que siguen siendo válidas, aun después de la caída del este europeo, aunque ahora pocos se atreven a pronunciarlas: “Desde mi punto de vista —y eso puede ser algo profético y paradójico a la vez— Estados Unidos está mucho peor que América Latina. Porque Estados Unidos tiene una solución, pero, en mi opinión, es una mala solución, tanto para ellos como para el mundo en general”².

La solución que ofrece y receta el mundo de la abundancia se formula hoy como sociedad democrática y civil, aunque en realidad venga mejor descrita como civilización del capital bajo una economía neoliberal, es decir, capitalista. Y esa nueva sociedad no sólo es recomendada, sino que, en forma avasalladora y aun con independencia de los hechos, los teóricos del sistema la proclaman como la sociedad del futuro para todos: algún día —quizá pronto— nos acercaremos a la abundancia de Japón, Corea, Taiwán o Singapur. Y desde la perspectiva social y política añaden que ya se ven los signos de cómo el militarismo está dando paso a la sociedad civil, la dictadura a la democracia, la intransigencia a la tolerancia, la confrontación al

diálogo, y así sucesivamente...

Ojalá fuese esto verdad —y no hay por qué negar algunos avances en civismo. Pero también hay que recordar lo obvio: en países como el nuestro, una nueva sociedad civil y democrática sólo tiene futuro cuando ya está asegurada la vida básica para las mayorías. Y recordando lo que Ellacuría repetía con insistencia, el sistema que nos ofrecen —e imponen— no es universalizable, y por ello no sólo no es posible, sino que tampoco es ético. No hay recursos en el planeta para que todos en él puedan llegar a vivir como Estados Unidos, la Unión Europea o los cuatro dragones asiáticos, con lo cual —si esto es así— habrá que tomar la trágica decisión de decidir qué pueblos van a vivir y cuáles van a morir. Por lo que toca a El Salvador, un economista ha dicho que, aun en el caso de que el neoliberalismo tuviera éxito, en unos años, la vida podrá ser viable para quizás el 40 o 50 por ciento de la población. ¿Y para los otros? A como vamos, las mayorías pobres ya no serán las masas explotadas, sino las inexistentes.

Pero aunque el neoliberalismo fuese viable desde un punto de vista económico, preferimos una “sociedad popular” y una “civilización de la pobreza” a una “sociedad civil” y una “civilización del despilfarro”. Esto es así porque para la construcción de lo primero contamos con recursos propios —si es que se quieren poner a producir—, y esa sociedad y esa civilización son más salvadoreñas —y están más de acuerdo con los valores del evangelio.

Sobre la civilización de la pobreza, I. Ellacuría escribió profética y utópicamente, con hondura y originalidad: “El mensaje de la salvación debe promover la puesta en marcha de una civilización de la pobreza más afín con lo que es la fe cristiana y más afín con lo que es la realidad del hombre y lo que es la relación ‘recursos mundiales-bienestar universal’... Una pobreza que en gran parte es resultado de la explotación, pero que puede ser asumida activa y voluntariamente como un aprovechamiento y distribución de los bienes de la tierra que haga posible el que todos tengan acceso a unos medios materiales y culturales que permitan tener una vida verdaderamente humana. Esa pobreza es la que realmente da espacio al espíritu,

que ya no se verá ahogado por el ansia de tener más que el otro, por el ansia concupiscente de tener toda suerte de superfluidades, cuando a la mayor parte de la humanidad le falta lo necesario. Podrá entonces florecer el espíritu, la inmensa riqueza espiritual y humana de los pobres y los pueblos del tercer mundo, hoy ahogada por la miseria y por la imposición de modelos culturales más desarrollados en algunos aspectos, pero no por eso más plenamente humanos. Se vivirá así más fácilmente el espíritu evangélico, según el cual no hace falta tener mucho para ser mucho, antes al contrario hay un límite en el que el tener se opone al ser tanto en el caso de la máxima privación como en el caso de la superfluidad; no habrá lugar para la avaricia, que mantiene a los hombres en tensiones de trabajo insufribles sólo para amontonar riquezas en las que poner la propia seguridad y la de los suyos o, lo que es peor, con las que poder comprar las voluntades y la moral de los demás”³.

Sobre la sociedad popular, podemos decir que el pueblo y la Iglesia salvadoreña ya han dado insignes muestras de cómo construir “lo popular”: organización, ensayos de economía popular, construcción de una Iglesia popular —término que no gusta a la jerarquía, por lo cual se suele usar el equivalente de Iglesia de los pobres. No todo ha salido bien, por supuesto, ha habido retrocesos y fracasos, pero no partimos de cero en lo popular. Y se han generado ingentes valores: el sentido de comunidad *versus* el individualismo aislacionista, que fácilmente suele degenerar en egoísmo; la celebración *versus* la diversión irresponsable, que degenera en alienación; la apertura *versus* el etnocentrismo cruel, que degenera en desentendimiento del sufrimiento de los otros; la creatividad *versus* la imitación servil, que fácilmente degenera en pérdida de identidad propia; el compromiso *versus* la mera tolerancia, que degenera en indiferencia; la fe *versus* el burdo positivismo y pragmatismo, que degenera en sinsentido de la vida...

Estos valores no se oponen a los de la sociedad civil, e históricamente el ideal sería potenciar ambos y que ambos se complementen, pero tampoco son lo mismo. Los valores de la sociedad civil son más fácilmente manipulables para servir al capital,

y son más proclives a cosificar y deshumanizar a los ciudadanos. Son más costosos y caros, y responden, en definitiva, a una civilización del capital. Los valores de la sociedad popular son más convergentes con el trabajo y la creatividad, corporal y espiritual, más humanizantes, más fácilmente conducentes a una civilización del trabajo. Y son más baratos, con lo cual son más adecuados para sociedades pobres —e inspiradas en el evangelio.

Quinta proposición. Hay que poner a producir lo mejor de la tradición popular salvadoreña, especialmente de sus mártires. Estos vivieron y dieron su vida para que todos sepamos, en definitiva, que “se puede vivir de otra manera”.

Decíamos antes, citando a Ellacuría, que no tener solución es mejor que tener una mala solución. Pero el mismo Ellacuría terminaba con esta esperanza utópica de solución: “Toda esta sangre martirial derramada en El Salvador y en toda América Latina, lejos de mover al desánimo y a la desesperanza, infunde nuevo espíritu de lucha y nueva esperanza en nuestro pueblo. En este sentido, si no somos un ‘nuevo mundo’ ni un ‘nuevo continente’, sí somos, claramente, y de una manera verificable —y no precisamente por la gente de fuera— un continente de esperanza, lo cual es un síntoma sumamente interesante de una futura sociedad frente a otros continentes que no tienen esperanza y que lo único que tienen es miedo”⁴.

Hay, pues, una alternativa a “la geocultura de la desesperanza y a la teología de la inevitabilidad”⁵, y por esa alternativa merece la pena vivir y luchar. No es fácil, pues ese tipo de vida, más humano y más cristiano; no interesa al sistema, pero es posible, es necesario y es bueno. Es posible porque los salvadoreños han generado los valores de lo que hemos llamado, a falta de mejor nombre, sociedad popular —aunque ahora estén siendo bombardeados desde muchos lados. Es necesario porque otro tipo de sociedad sólo posibilitará la vida y la dignidad de una parte de la población, excluyendo de ellas a muchos millones de seres humanos. Y es bueno porque humaniza a todos.

En este sentido, lo peor que pudiera ocurrir es

que desaparezca, o que nos hagan olvidar o que nos roben lo mejor que ha generado el pueblo salvadoreño en estos últimos veinte años. Se puede —y realistamente se deberá— asumir lo mejor de la sociedad civil y su neoliberalismo, pero sería trágico olvidar lo mejor que ha conseguido este pueblo. Y de ello han dado ejemplar testimonio los mártires con su muerte, pero sobre todo con su vida. Muchos de ellos han muertos *en continuidad* con su vida, y con ella nos enseñan que se puede vivir de otra manera. De esa “otra manera de vivir” seguimos absolutamente necesitados en el país y con ella podremos construir un nuevo El Salvador.

¿Qué modo de vivir nos ofrecen y nos exigen los mártires? Digámoslo brevemente, teniendo en cuenta lo que hoy más se echa en falta, pero también lo que es posible hacer y rehacer si ponemos mano a la obra.

Se puede vivir con verdad ante el silencio, el engaño, el encubrimiento, el falseamiento y la mentira que muchos imponen sobre nuestra realidad: en ella prosigue la muerte lenta de la pobreza y la muerte violenta de la represión. Y hay que vivir sin ingenuidad, pues no ha llegado —ni de lejos— el fin de las desventuras de los pobres, ni se ve que a ello nos encaminamos.

Se puede vivir con creatividad y con espíritu de lucha, no la armada por supuesto —y ojalá así lo entiendan de una vez por todas los escuadrones de la muerte y sus cómplices. Pero también hay que luchar, porque nadie ha regalado, ni regala, ni va a regalar nada a los pobres de este país, ni el gobierno, ni los ricos, ni la administración Clinton, ni la Unión Europea. Y la vida y el mínimo de dignidad no pueden esperar.

Se puede vivir con compasión y parcialidad hacia los pobres y las víctimas, de modo que el bien común sea, ante todo, el bien de las mayorías populares, la superación del mal común, y la civilización del amor sea, ante todo, la civilización de la pobreza.

Se puede vivir con amor, con espíritu de comunidad y de solidaridad, pues de otra forma todos, la sociedad salvadoreña como tal, se hundirá en la deshumanización. Sin la utopía del amor —

bien pensado, bien historizado— no podemos vivir hoy humanamente en el país.

Esto es lo que está en juego al mantener vivos a los mártires. Que su muerte, en cuanto asesinato, deba ser superada para siempre, es algo que de-sean (casi) todos los salvadoreños. Pero eso no debe significar —a pesar de lo que nos recomiendan posmodernos y neoliberales— que su muerte deba quedar superada en cuanto martirio. Por lo contrario, ella es confirmación de una forma de vivir buena y necesaria.

El Salvador necesita gentes con verdad, con creatividad y lucha, gentes con parcialidad, compasión y amor. Necesita líderes como Monseñor Romero y como Ignacio Ellacuría, y necesita gente buena y comprometida, como la innumerable nube de mártires y testigos. Nada de esto lo vamos a importar de fuera, ni nos lo van a regalar, pero lo tenemos en casa. Por ello, si olvidamos a los mártires seremos ingratos hacia ellos, crueles hacia los pobres e insensatos hacia nosotros mismos.

Queremos salir de la inhumana pobreza en que

estamos, pero sin perder la fraternidad y la solidaridad ganada. No queremos ser países ricos sin humanidad, sino austeros, pero con humanidad. Es difícil lograrlo, pero por ello murieron nuestros mártires: para que sepamos que se puede vivir de otra manera.

Jon Sobrino

Notas:

- 1 Véase I. Ellacuría, "Utopía y profetismo desde América Latina", *Revista Latinoamericana de Teología* 17 (1989) 141s.
- 2 "Quinto Centenario de América Latina. ¿Descubrimiento o encubrimiento?", *Revista Latinoamericana de Teología* 21 (1990) 277.
- 3 "Misión actual de la Compañía de Jesús", *Revista Latinoamericana de Teología* 29 (1993) 119s.
- 4 "Quinto centenario...", 281s.
- 5 X. Gorostiaga, "La mediación de los cambios sociales y los cambios internacionales", *Varios, Cambio social y pensamiento cristiano en América Latina* (1993) 131.